

TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos en la Inglaterra anglosajona era un asunto incierto, incoherente y en el que no hay acuerdo siquiera en el propio nombre. Así, Londres podía aparecer de cualquiera de las siguientes maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Sin duda, algunos lectores preferirán otras versiones de los nombres enumerados abajo, pero he empleado normalmente la ortografía citada en el *Oxford Dictionary of English Place-Names* [Diccionario Oxford de los topónimos ingleses] durante los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande, 871-899 d. C., aunque ni siquiera esa solución es infalible. La isla Hayling, en el 956, se escribía tanto Heilincigae como Hæglingaiggæ. Tampoco yo he sido totalmente coherente; he preferido el moderno Inglaterra a England y he utilizado Northumbria en lugar de Norðhymbra-lond para evitar sugerir que los límites del antiguo reino coinciden con los del actual condado. Así que esta lista, como la ortografía misma de los nombres, es caprichosa:

Æsc, colina de	Ashdown, Berkshire
Æthelingæg	Athelney, Somerset
Afen	río Avon, Wiltshire
Andefera	Andover, Wiltshire
Baðum (se pronuncia Bathum)	Bath, Avon

Bebbanburg	Bamburgh Castle, Northumberland
Brant	Brent Knoll, Somerset
Bru	río Brue, Somerset
Cippanhamm	Chippenham, Wiltshire
Cracgelad	Cricklade, Wiltshire
Cridianton	Crediton, Devon
Cynuit	fortaleza de Cynuit, cerca de Cannington, Somerset
Contwaraburg	Canterbury, Kent
Cornwalum	Cornualles
Dærentmora	Dartmoor, Devon
Defereal	Kingston Deverill, Wiltshire
Defnascir	Devonshire
Dornwaraceaster	Dorchester, Dorset
Dreindynas	«fuerte de espinos», ficticio, ubicado en Cornualles
Dunholm	Durham, condado de Durham
Dyfed	sur de Gales, buena parte de Pembrokeshire
Eoferwic	York (también la danesa Jorvic, que se pronuncia Yorvik)
Ethandun	Edington, Wiltshire
Exanceaster	Exeter, Devon
Exanmynster	Exminster, Devon
el Gewæsc	el Wash
Gifle	Yeovil, Somerset
Gleawecestre	Gloucester, Gloucestershire
Glwysing	reino galés, aproximadamente Glamorgan y Gwent
Hamptonscir	Hampshire
Hamton	Southampton, Hampshire
Lindisfarena	Lindisfarne (isla sagrada), Northumberland
Lundene	Londres

Lundi	isla Lundy, Devon
Mærlebeorg	Marlborough, Wiltshire
Ocmundtun	Okehampton, Devon
Palfleot	Pawlett, Somerset
Pedredan	río Parrett
Penwith	fin de la tierra, Cornualles
Readingum	Reading, Berkshire
Sæfern	río Severn
Sceapig	Isla de Sheppey, Kent
Scireburnan	Sherborne, Dorset
Sillans	islas Scilly
Soppan Byrg	Chipping Sodbury, Gloucestershire
Sumorsæte	Somerset
Suth Seaxa	Sussex (sajones del sur)
Synningthwait	Swinithwaite, Yorkshire
Tamur	río Tamar
Thon	río Tone, Somerset
Temes	río Támesis
Thornsæta	Dorset
Uisc	río Exe
Werham	Wareham, Dorset
Wilig	río Wylfe
Wiltuncir	Wiltshire
Winburnan	Wimborne Minster, Dorset
Wintanceaster	Winchester, Hampshire

SVEIN, EL DEL CABALLO BLANCO

CAPÍTULO I

Estos días miro a los jóvenes de veinte años y se me antojan patéticamente imberbes, apenas destetados de los pechos de sus madres. Con todo, cuando yo tenía esa edad me consideraba un hombre hecho y derecho. Había tenido un hijo, luchado en un muro de escudos, y detestaba dejarme aconsejar por nadie. Por no alargarlo, era arrogante, estúpido e indomeñable. Motivo por el cual, tras nuestra victoria en Cynuit, obré equivocadamente.

Habíamos luchado contra los daneses junto al océano, donde desemboca el río procedente del enorme pantano y el mar del Sæfern lame una orilla fangosa, y allí los habíamos derrotado. Fue una gran matanza, y yo, Uhtred de Bebbanburg, había cumplido con la parte que me correspondía. Incluso fui más allá de lo que me correspondía, pues al final de la batalla, cuando el gran Ubba Lothbrokson, el más temido de los jefes daneses, se abrió paso entre nuestro muro de escudos con su gran hacha de guerra, me enfrenté a él, lo vencí, y lo envié a unirse con los *einherjar*, el ejército de los inertes que festeja y retoza en el salón de los muertos de Odín.

Lo que tendría que haber hecho entonces, lo que Leofric me dijo que hiciera, era dirigirme a toda prisa a Exanceaster, donde Alfredo, rey de los sajones del oeste, asediaba a Guthrum. Tendría que haber llegado en el corazón de la noche, despertado al rey de su sueño, y haber tendido el estandarte de batalla de Ubba con el cuervo negro y su enorme hacha

de guerra, aún impregnada de sangre seca, a los pies de Alfredo. Tendría que haberle dado al rey las buenas noticias de que el ejército danés había sido vencido, de que los pocos supervivientes se habían precipitado a sus barcos con cabeza de dragón, de que Wessex estaba a salvo, y de que yo, Uhtred de Bebbanburg, había conseguido todas esas cosas.

Pero lo que hice fue regresar junto a mi mujer y mi hijo.

A los veinte años prefería trabajar los campos de Mildrith que recoger la recompensa de mi buena fortuna, y eso es lo que hice mal, aunque, en retrospectiva, tengo poco de lo que arrepentirme. El destino es inexorable, y Mildrith, aunque había sido obligado a casarme con ella y acabaría aborreciéndola, era un dulce campo que trabajarse.

De modo que, aquella tardía primavera del año 877, dediqué el sábado a cabalgar hasta Cridianton en lugar de ir a ver a Alfredo. Me llevé veinte hombres conmigo, le prometí a Leofric que estaría en Exanceaster a mediodía del domingo y que me aseguraría de que Alfredo supiera que habíamos ganado su batalla y salvado su reino.

—Odda *el Joven* estará allí ahora —me advirtió Leofric, quien me doblaba casi en edad, un guerrero endurecido por años de lucha contra los daneses—. ¿Me estás escuchando? —me preguntó cuando yo no respondí—. Odda *el Joven* estará ya allí —repitió—, y es un pedazo de mierda de ganso que se va a llevar toda la gloria.

—La verdad no puede ocultarse —repuse con arrogancia.

Leofric se burló de la apreciación. Era un pedazo de bruto con barba que tendría que haber comandado la flota de Alfredo, pero no era de alta cuna y Alfredo me había encomendado de mala gana los doce barcos por ser *ealdorman*, un noble, y lo que correspondía era que un ricohombre comandara la flota de los sajones del oeste, aunque fuera tan raquíta que no sirviera para enfrentarse a la enorme concentración de barcos daneses que había llegado por la costa sur de Wessex.

–Hay ocasiones –rezongó Leofric– en las que eres un auténtico *earsling*. –Un *earsling* era algo que había sido expulsado por los cuartos traseros de alguna criatura, y uno de los insultos preferidos de Leofric. Éramos amigos.

–Veremos a Alfredo mañana –repuse.

–Y Odda *el Joven* –repuso Leofric con paciencia– lo hará esta noche.

Odda *el Joven* era hijo de Odda *el Viejo*, quien había proporcionado cobijo a mi esposa; al hijo no le gustaba yo mucho. No le gustaba porque quería beneficiarse a Mildrith, motivo suficiente para que yo le disgustara. También era, como Leofric había dicho, un pedazo de mierda de ganso, ladino y muy poco de fiar, motivo suficiente para que a mí me disgustara él.

–Veremos a Alfredo mañana –repetí, y a la mañana siguiente cabalgamos todos hasta Exanceaster; mis hombres escoltaban a Mildrith, a nuestro hijo y a su aya, y dimos con Alfredo en la parte norte de la ciudad, donde el estandarte verdiblanco del dragón ondeaba sobre sus tiendas. Otros estandartes se agitaban con virulencia al viento húmedo: un abigarrado despliegue de bestias, cruces, santos y armas que anunciaban que los grandes hombres de Wessex apoyaban a su rey. Uno de aquellos estandartes lucía un venado negro, lo que confirmaba las suposiciones de Leofric: Odda *el Joven* estaba allí, en el sur de Defnascir. Fuera del campamento, entre la linde sur y las murallas de la ciudad, había un gran pabellón de lona y postes sujetos con vientos, lo que me indicó que Alfredo, en lugar de pelear con Guthrum, estaba entablando negociaciones. Había propuesto una tregua, aunque aquel día, dado que era domingo, Alfredo decidió posponer cualquier encuentro. Lo encontré hincado de hinojos en una iglesia provisional, también de lona y postes, con todos sus nobles y jefes dispuestos detrás de él, y algunos de aquellos hombres se dieron la vuelta al oír los cascos de nuestros caballos. Odda *el Joven* era uno de los que se volvió, y en su rostro estrecho detecté temor.

El obispo encargado del servicio se detuvo para que la congregación pudiera responder, y eso le proporcionó a Odda una excusa para apartar la mirada. Estaba arrodillado cerca de Alfredo, muy cerca, lo que sugería que gozaba del favor del rey, y no dudé ni por un instante que había llevado a Exanceaster el estandarte del cuervo y el hacha de guerra del cadáver de Ubba, y que se había atribuido el mérito de la batalla junto al mar.

–Un día –le dije a Leofric– voy a rajar a ese cabrón desde la ingle hasta la garganta, y bailaré luego sobre sus vísceras.

–Tendrías que haberlo hecho ayer.

Había un cura arrodillado junto al altar, uno de los muchos que siempre acompañaban a Alfredo, y al verme, se escabulló tan sigilosamente como pudo hasta poder ponerse de pie y venir a toda prisa hacia mí. Tenía el pelo rojo, la mano izquierda paralizada y era bizco; su feo rostro dibujaba una expresión de alegría perpleja.

–¡Uhtred! –gritó mientras corría hacia nuestros caballos–. ¡Uhtred! ¡Pensábamos que habías muerto!

–¿Yo? –sonreí socarrón al cura–. ¿Muerto?

–¡Eras un rehén!

Había sido uno de la docena de rehenes ingleses retenidos en Werham, pero mientras los otros habían sido asesinados por Guthrum, yo había salvado la vida gracias al conde Ragnar, un jefe guerrero danés que era para mí como un hermano.

–Pues no la palmé, padre –le contesté al cura, que atendía a la gracia de Beocca–, y me sorprende que no lo sepáis.

–¿Cómo iba a saberlo?

–Porque estuve en Cynuit, padre, y Odda *el Joven* os podría haber dicho que estuve allí y que estaba vivo.

Miraba a Odda mientras hablaba y Beocca captó el tono lúgubre de mi voz.

–¿Estuviste en Cynuit? –me preguntó nervioso.

–¿Es que Odda *el Joven* no os lo ha contado?

–No dijo nada.

–¡Nada! –Espoleé al caballo, de modo que avanzó entre los hombres arrodillados y me acercó más a Odda. Beocca intentó detenerme, pero yo aparté su mano de mis riendas. Leofric, más sabio que yo, se mantuvo detrás, pero yo metí el caballo entre las últimas filas de la congregación hasta que ya no pude avanzar más, y entonces miré a Odda mientras hablaba con Beocca–. ¿No describió la muerte de Ubba? –pregunté en voz alta.

–Dijo que Ubba murió en el muro de escudos –respondió Beocca, y su voz era un susurro para no perturbar la misa–, y que muchos hombres contribuyeron a su muerte.

–¿Eso os ha contado?

–Dijo que él mismo se enfrentó a Ubba –repuso Beocca.

–¿Así que quién creen los hombres que mató a Ubba Lothbrokson? –pregunté.

Beocca presintió los problemas e intentó calmarme.

–Podemos hablar de estas cosas después –dijo–, pero ahora, Uhtred, únete a nosotros en oración. –Empleó mi nombre en lugar de llamarme señor porque me conocía desde que era niño. Beocca, como yo, era de Northumbria, y había sido el cura de mi padre, pero cuando los daneses invadieron nuestro país, había venido a Wessex para unirse a aquellos sajones que aún se resistían a los invasores–. Éste es un momento de oración –insistió–, no de peleas.

Pero yo estaba para peleas.

–¿Quién dicen los hombres que mató a Ubba Lothbrokson? –volví a preguntar.

–Dan gracias a Dios porque el pagano haya muerto. –Beocca evitó la pregunta e intentó acallarme con gestos desesperados de la mano tonta.

–¿Quién creéis que mató a Ubba? –pregunté, y cuando Beocca no contestó, le proporcioné yo la respuesta–. ¿Creéis que lo mató Odda *el Joven*? –Era obvio que Beocca así lo creía,

y la ira se apoderó de mí—. Ubba luchó conmigo cuerpo a cuerpo —proseguí, en voz demasiado alta ya—, hombre contra hombre, sólo él y yo. Mi espada contra su hacha. Estaba incólume cuando empezó la batalla, padre, y al final estaba muerto. Se reunió con sus hermanos en el salón de los muertos.

Estaba furioso y mi voz se había elevado hasta los gritos. La congregación al completo, alertada, se volvió para mirarme. El obispo, al que reconocí como el obispo de Exanceaster, el mismo hombre que me había casado con Mildrith, puso mala cara preso del nerviosismo. Sólo Alfredo parecía no inmuntarse por la interrupción, pero entonces, de mala gana, se puso en pie y se dio la vuelta mientras su esposa, Ælswith, la carita de amargada, le susurró algo al oído.

—¿Hay aquí algún hombre —seguía gritando— que niegue que yo, Uhtred de Bebbanburg, maté a Ubba Lothbrokson en combate hombre a hombre?

Se hizo el silencio. No tenía intención de interrumpir el servicio, pero mi orgullo desaforado y mi ira indomable me empujaban al desafío. Los rostros me miraban, los estandartes ondeaban con desgana al viento, y una fina lluvia goteaba de los bordes del toldo de lona. Seguían sin responderme, pero los hombres vieron que estaba mirando a Odda *el Joven* y algunos buscaron una respuesta en su cara. Él, sin embargo, parecía haberse quedado mudo.

—¿Quién mató a Ubba? —le grité.

—Esto no es apropiado —intervino Alfredo enfadado.

—¡Esto mató a Ubba! —declaré, y desenvainé a *Hálito-de-serpiente*.

Y ése fue mi siguiente error.

* * *

Mientras yo pasaba el invierno encerrado en Werham como uno de los rehenes entregados a Guthrum, se había aproba-

do una nueva ley en Wessex, una ley que decretaba que ningún hombre, salvo la guardia real, podía empuñar un arma en presencia del rey. La ley no era sólo para proteger a Alfredo, sino también para prevenir que las peleas entres sus hombres se volvieran letales y, al desenvainar a *Hálito-de-serpiente*, había infringido la ley sin ser consciente de ello, de modo que sus tropas me rodearon repentinamente con lanzas y espadas, hasta que Alfredo, con capa roja y la cabeza descubierta, gritó a todo el mundo que se quedara quieto.

Entonces caminé hacia mí y vi la ira en su cara. Tenía un rostro estrecho, de nariz y barbilla alargadas, la frente alta y los labios finos. Normalmente iba perfectamente afeitado, pero se había dejado crecer una barba corta que lo hacía parecer mayor. Aún no tenía treinta años, y ya parecía estar cerca de los cuarenta. Era dolorosamente delgado, y sus frecuentes dolencias habían dado a su rostro una expresión amarga. Parecía más un cura que el rey de los sajones del oeste, pues poseía la expresión irritada y pálida del hombre que pasa demasiado tiempo lejos del sol abocado a los libros, aunque sus ojos despedían una autoridad indudable. Eran ojos muy claros, tan grises como la cota de malla, implacables.

–Has perturbado mi paz –dijo– y ofendido la paz de Cristo.

Envainé a *Hálito-de-serpiente*, más que nada porque Beocca me había susurrado que dejara de hacer el imbécil y guardara mi espada, y ahora me tiraba de la pierna derecha, intentando indicarme que desmontara y me arrodillara ante Alfredo, a quien adoraba. Ælswith, la esposa de Alfredo, me observaba con auténtico desprecio.

–Debería ser castigado –gritó.

–Ve ahí –dijo el rey señalando una de sus tiendas– y espera mi veredicto.

No tenía otra elección que obedecer, pues sus tropas, todos armados con cotas y cascos, me empujaron hasta sacarme de allí; me condujeron a la tienda, donde desmonté y me

agaché para entrar. El ambiente olía a hierba aplastada y húmeda. La lluvia salpicaba el lienzo del techo, y algunas gotas caían sobre un altar con un crucifijo y dos portavelas vacíos. La tienda era evidentemente la capilla privada del rey, y Alfredo me hizo esperar allí un buen rato. La congregación se dispersó, la lluvia cesó, y un sol acuoso surgió de entre las nubes. Un arpa sonaba en alguna parte, quizá para entretener a Alfredo y su esposa mientras comían. Un perro entró en la tienda, se me quedó mirando, levantó la pata delante del altar y volvió a salir. El sol se desvaneció tras una nube, y la lluvia volvió a salpicar la lona; entonces vi que la abertura de la tienda se movía y entraron dos hombres. Uno de ellos era Etelwoldo, el sobrino del rey y el hombre que tendría que haber heredado el trono de Wessex de su padre; sin embargo, se había considerado que era demasiado joven, y la corona había ido a parar a manos de su tío. Me sonrió con cierto aire borreguil y dejó que hablara el segundo hombre, que era robusto, lucía una espesa barba y tenía diez años más que Etelwoldo. Se presentó estornuando, sonándose en la mano y limpiándose los mocos en el jubón de cuero.

–La primavera –farfulló; después me miró con expresión malhumorada–. Lluvia del demonio que no para nunca. ¿Sabes quién soy?

–Wulfhere –repuse–, *ealdorman* de Wiltunscir. –Era primo del rey y uno de los poderes de Wessex.

Asintió.

–¿Y sabes quién es este mamarracho? –preguntó señalando a Etelwoldo, que cargaba con un hatillo de tela blanca.

–Nos conocemos –contesté. Etelwoldo no era mucho más joven que yo, un mes o así, y tenía suerte, supongo, de que su tío Alfredo fuera tan buen cristiano, pues lo lógico es que le hubiera correspondido una daga en mitad de la noche. Tenía mucho mejor aspecto que Alfredo, pero era un insensato, un

cabeza de chorlito, y solía estar borracho, aunque aquella mañana de domingo parecía bastante sobrio.

—Ahora estoy a cargo de Etelwoldo —prosiguió Wulfhere—, y de ti. Y el rey me ha enviado para castigarte. —Rumió sobre el asunto un instante—. Lo que su esposa quiere que haga es sacarte las tripas por ese culoapestoso tuyo y echárselas a los cerdos. —Su mirada era de odio—. ¿Sabes cuál es la pena por desenvainar en presencia del rey?

—¿Una multa? —supuse.

—¡La muerte, tocino, la muerte! Desde que se instauró la nueva ley el mes pasado.

—¿Y cómo iba yo a saberlo?

—Pero Alfredo se siente misericordioso. —Wulfhere hizo caso omiso de mi pregunta—. Así que no vas a colgar de una horca. Por lo menos, no va a ser hoy. Pero quiere que le asegures que mantendrás la paz.

—¿Qué paz?

—¿Cuál va a ser, merluzo? ¡La suya propia! Quiere que peleemos contra los daneses, no que nos rebanemos el cuello entre nosotros. Así que, por el momento, tienes que jurar que vas a mantener la paz.

—¿Por el momento?

—Por el momento —repuso en tono neutro, y yo me limité a encogerme de hombros. Lo interpretó como una aceptación—. ¿Así que despachaste a Ubba? —me preguntó.

—Vaya que sí.

—Eso me han dicho —Volvió a estornudar—. ¿Conoces a Edor?

—Lo conozco —repuse. Edor era uno de los jefes de batalla del *ealdorman* Odda, un guerrero de los hombres de Defnascir, y había luchado a nuestro lado en Cynuit.

—Edor me contó todo lo que pasó —prosiguió Wulfhere—, pero sólo porque confía en mí. ¡Por el amor de Dios, deja de incordiar! —Este último grito iba dirigido a Etelwoldo, que estaba investigando debajo del mantel del altar, presumible-

mente en busca de algo valioso. Alfredo, en lugar de asesinar a su sobrino, parecía empeñado en aburrirlo hasta la muerte. A Etelwoldo no le estaba permitido luchar, no fuera a labrarse una reputación; así que lo había obligado a aprender a leer, cosa que él detestaba, de modo que perdía el tiempo cazando, bebiendo, putañeando y llenándose de resentimiento por no ser el rey-. Sólo quédate quieto un rato, muchacho –le gruñó.

–¿Eodor os lo contó... –inquirí, incapaz de suprimir la indignación de mi voz– porque confía en vos? ¿Queréis decir que lo que ocurrió en Cynuit es un secreto? ¡Mil hombres me vieron matar a Ubba!

–Pero Odda *el Joven* se ha llevado la gloria –respondió Wulfhere–, y su padre está muy malherido; si muere, Odda *el Joven* se convertirá en uno de los hombres más ricos de Wessex, y comandará más tropas y pagará más curas de los que tú podrás permitirte nunca, así que los hombres no quieren ofenderle, ¿te parece lo suficientemente lógico? Fingirán que le creen, para que siga siendo generoso. El rey le cree ya, ¿y por qué no debería hacerlo? Odda llegó aquí con el estandarte de Ubba Lothbrokson y su hacha de guerra. Los tendió a los pies de Alfredo, se arrodilló, dio gracias al Señor y prometió construir una iglesia y un monasterio en Cynuit; en cambio tú... ¿qué hiciste tú? Meterte con un caballo en misa y sacar la espada de los cojones. Desde luego, no es lo más inteligente con Alfredo.

Casi sonreí ante eso, porque Wulfhere tenía razón. Alfredo era exageradamente pío, y una manera segura de tener éxito en Wessex era darle coba a esa piedad, imitarla, y atribuir toda la buena suerte a Dios.

–Odda es un capullo –rezongó Wulfhere, cosa que me sorprendió–, pero ahora es el capullo de Alfredo; y no vas a cambiar eso.

–Pero yo he matado a...

–¡Ya sé que lo has hecho! –me interrumpió Wulfhere–. Y Alfredo probablemente sospecha que dices la verdad, pero cree que Odda lo hizo posible. Piensa que tanto tú como Odda luchasteis contra Ubba. Probablemente ni siquiera le importe que ninguno lo hiciera en realidad, salvo porque Ubba está muerto y eso es una buena noticia; fue Odda quien trajo esa noticia, así que el sol sale y brilla por el culo de Odda, y si lo que quieres es que las tropas del rey te cuelguen de una rama bien alta, pues adelante, ve y monta un follón con Odda. ¿Me entiendes?

–Sí.

Wulfhere suspiró.

–Leofric me había dicho que recobrarías el juicio si te sacudía lo suficiente.

–Quiero ver a Leofric.

–No puedes –espetó Wulfhere–. Lo devuelven a Hamtun, ése es su lugar. Pero tú no vas a volver. La flota quedará al mando de algún otro. Tienes que mostrar arrepentimiento.

Por un momento, pensé que lo había entendido mal.

–¿Que tengo que hacer qué? –pregunté.

–Vas a tener que postrarte. –Etelwoldo habló por primera vez. Con sonrisa socarrona. No éramos amigos exactamente, pero nos habíamos emborrachado juntos suficientes veces y parecía gustarle–. Vas a tener que vestirte como una chica –prosiguió Etelwoldo–, hincarte de hinojos y ser humillado.

–Y vas a tener que hacerlo ahora mismo –añadió Wulfhere.

–¡Que me aspen si...!

–Te van a aspar lo mismo –rugió Wulfhere, que le arrebató el hatillo blanco a Etelwoldo y me lo tiró a los pies. Era un hábito de penitente, y lo dejé en el suelo–. Por el amor de Dios, chico –dijo Wulfhere–, ten un poco de sentido común. Tienes mujer y tierras aquí, ¿no? ¿Qué pasará si no obedeces sus órdenes? ¿Quieres que te proscriban? ¿Quieres que metan

a tu mujer en un convento? ¿Quieres que la Iglesia se quede con tus tierras?

Me lo quedé mirando.

–Lo único que he hecho es matar a Ubba y contar la verdad. Wulfhere suspiró.

–Eres de Northumbria –prosiguió–, y no sé cómo serán las cosas allí, pero esto es el Wessex de Alfredo. Puedes hacer lo que quieras en Wessex menos mearte en su iglesia, y eso es justo lo que acabas de hacer. Te has meado encima, hijo, y ahora la Iglesia te va a mear encima a ti. –Hizo una mueca cuando la lluvia golpeó con más fuerza sobre la tienda. Después frunció el ceño mientras miraba el charco que se extendía en la entrada. Se quedó callado durante un largo rato, antes de darse la vuelta y mirarme de un modo extraño–. ¿Piensas que algo de esto es importante?

Lo pensaba, pero estaba tan sorprendido por su pregunta, hecha en un tono quedo y cargado de amargura, que me quedé sin habla.

–¿Piensas que la muerte de Ubba supone alguna diferencia? –preguntó, y de nuevo volví a pensar que no había comprendido bien–. Incluso si Guthrum firma la paz –prosiguió–, ¿crees que hemos ganado? –Su tosco rostro parecía de repente salvaje–. ¿Cuánto tiempo será rey Alfredo? ¿Cuánto pasará antes de que los daneses gobiernen aquí?

Seguía sin tener nada que decir. Etelwoldo, me percaté, lo escuchaba con atención. Anhelaba ser rey, pero no tenía seguidores, y Wulfhere había sido claramente nombrado su guardián para evitar que diera problemas. Pero las palabras de Wulfhere sugerían que los problemas surgirían igualmente.

–Limitate a hacer lo que quiere Alfredo –me aconsejó el noble–, y después busca un modo de mantenerte con vida. Es lo único que podemos hacer todos. Si Wessex cae, todos buscaremos un modo de seguir con vida, pero mientras tanto, ponte el hábito de los cojones y terminemos de una vez con esto.

–Nos lo pondremos los dos –intervino Etelwoldo, que recogió el hatillo y lo abrió, mostrándome dos hábitos.

–¿Tú también? –le gruñó Wulfhere–. ¿Estás borracho?

–Me arrepiento de haber estado borracho. O estaba borracho y ahora estoy arrepentido. –Me sonrió socarrón, después se puso el hábito por la cabeza–. Acompañaré a Uhtred al altar –dijo con la voz amortiguada por la ropa.

Wulfhere no podía impedirlo, pero Wulfhere sabía, como yo, que Etelwoldo se burlaba del rito. Y yo sabía que Etelwoldo me estaba haciendo un favor, aunque por lo que yo sabía no me debía ninguno. Aun así, se lo agradecí, de modo que me puse el hábito de los cojones y, mano a mano con el sobrino del rey, me dirigí a mi humillación pública.

* * *

Significaba poco para Alfredo. Contaba con una veintena de grandes señores en Wessex, y al otro lado de la frontera, en Mercia, había aún más señores y jefes que vivían bajo el yugo danés, pero que lucharían por Wessex si Alfredo les daba la oportunidad. Todos aquellos grandes señores le podían proporcionar soldados, podrían unir espadas y lanzas al estandarte del dragón de Wessex, mientras que yo nada podía darle salvo mi espada, *Hálito-de-serpiente*. Ciertamente, era un señor, pero estaba lejos de Northumbria y no comandaba hombres, de modo que mi único valor para él se situaba en un futuro lejano. Eso aún no lo comprendía. A su debido tiempo, a medida que el mandato de Wessex se extendiera hacia el norte, mi valor aumentaría, pero entonces, en el 877, cuando no era más que un veinteañero cabreado, no sabía nada, nada aparte de mis propias ambiciones.

Y aprendí humillación. Incluso hoy, toda una vida después, recuerdo la amargura de aquella postración penitente. ¿Por qué me obligó Alfredo a algo así? Le había conseguido una

gran victoria, y aun así insistía en avergonzarme, ¿por qué? ¿Porque había interrumpido un servicio eclesiástico? En parte por eso, pero sólo en parte. Amaba a su dios, amaba la Iglesia, y creía apasionadamente que la supervivencia de Wessex dependía de la obediencia a la Iglesia, así que la protegería con tanta fiereza como lucharía por su país. Y amaba el orden. Había un lugar para todas las cosas, yo no encajaba, y él creía genuinamente que si conseguía de mí la obediencia a Dios, podría formar parte de su bienamado orden. En pocas palabras, me consideraba un cachorro rebelde que necesitaba unos buenos azotes antes de unirme a la disciplinada jauría.

Así que fui obligado a postrarme.

Y Etelwoldo se puso en ridículo.

No al principio. Al principio fue todo solemnidad. Todos los hombres del ejército de Alfredo estaban allí para ser testigos, y formaron dos filas bajo la lluvia. Las filas llegaban hasta el altar bajo las lonas donde Alfredo y su esposa esperaban con el obispo y la caterva de curas.

—De rodillas —me dijo Wulfhere—. Tienes que ir de rodillas —insistió con tono neutro—, y arrastrarte hasta el altar. Besa el mantel del altar, y después te quedas tumbado boca abajo.

—¿Y después qué?

—Después Dios y el rey te perdonarán —me miró fijamente—. Hazlo y punto —gruñó.

Así que lo hice. Me hincé de rodillas y me arrastré por el barro; las filas de hombres en silencio me observaron, y entonces Etelwoldo, bien cerca de mí, empezó a desgañitarse acusándose de ser un pecador. Levantó los brazos al cielo, se dejó caer de bruces, aulló que se arrepentía y se desgañitó con lo de que era un pecador; al principio los hombres sintieron vergüenza, pero después empezaron a divertirse.

—¡He conocido mujeres! —gritó Etelwoldo a la lluvia—. ¡Y eran mujeres malas! ¡Perdonadme!

Alfredo parecía furioso, pero no podía evitar que un hombre se pusiera en ridículo ante Dios. Quizá pensara que el remordimiento de Etelwoldo era genuino.

—¡He perdido la cuenta de cuántas mujeres! —se desgañitaba Etelwoldo, y golpeaba el barro con los puños—. Oh, Dios, ¡me encantan las tetas! Dios, adoro a las mujeres desnudas. ¡Dios, perdóname por eso! —La risa empezó a extenderse, y todos los hombres debieron de recordar que Alfredo, antes de que la piedad se apoderara de él, había sido famoso por todas las mujeres que perseguía—. ¡Tienes que ayudarme, Dios! —berreaba Etelwoldo mientras nos arrastrábamos hacia el altar—. ¡Envíame un ángel!

—¿Para tirártelo? —gritó alguien desde la multitud, y la risa se convirtió en carcajada.

Ælswith fue despachada con premura, no fuera a oír algo indecoroso. Los curas susurraban, pero la penitencia de Etelwoldo, aunque extravagante, parecía real. Estaba llorando. Yo sabía que por dentro se partía de risa, pero él aullaba como si su alma estuviera agonizando.

—¡No me envíes más tetas, Dios! —berreaba—. ¡No más tetas! —Se estaba poniendo en ridículo, pero como los hombres ya lo consideraban ridículo, no le importaba—. ¡Mantenme alejado de las tetas, Dios! —gritaba, y fue entonces cuando se marchó Alfredo, consciente de que la solemnidad del día se había ido al garete, y la mayoría de los curas se marcharon con él, de modo que Etelwoldo y yo nos arrastramos hasta un altar vacío, donde Etelwoldo devolvió su hábito manchado de barro y se apoyó en la mesa.

—Lo detesto —dijo en voz baja, y yo sabía que se refería a su tío—. Lo detesto —prosiguió—, y ahora me debes un favor, Uhtred.

—Vaya que sí —respondí.

—Ya pensaré en algo —repuso.

Odda *el Joven* no se había marchado con Alfredo. Parecía

divertido. Mi humillación, que sin duda había pensado que iba a disfrutar, se había convertido en una chanza, y era consciente de que los hombres le observaban, juzgaban su veracidad. Se acercó a un hombre enorme que era evidentemente uno de sus guardaespaldas. Aquel hombre era alto y tenía un pecho amplísimo, pero era su rostro lo que llamaba la atención, pues parecía como si le hubieran estirado demasiado la piel de la cara, de modo que era incapaz de cualquier expresión aparte del odio puro y un hambre voraz. La violencia exudaba de aquel hombre como el hedor de un perro mojado, cuando me miró sentí los ojos implacables de una bestia y entendí instintivamente que aquel sería el hombre que me mataría si Odda tenía la oportunidad de acabar conmigo. Odda no era nada, el hijo mimado de un hombre rico, pero su dinero le otorgaba poder para mandar sobre asesinos. Entonces Odda tiró de la manga del gigante y ambos se dieron la vuelta y se marcharon.

El padre Beocca era el único cura que se había quedado junto al altar.

–Bésalo –me ordenó–, y después tumbate.

En vez de eso, me puse en pie.

–Besadme vos el culo, padre –repliqué. Estaba enfadado, y mi ira asustó a Beocca, que dio un paso atrás.

Pero había hecho lo que el rey quería. Había mostrado mi arrepentimiento públicamente.

* * *

El hombre alto que estaba junto a Odda *el Joven* respondía al nombre de Steapa. Steapa *Snotor*, lo llamaban los hombres, o Steapa *el Listo*.

–Es un chiste –me aclaró Wulfhere, mientras yo me arrancaba el hábito y me volvía a poner la cota.

–¿Un chiste?

–Porque es más burro que un arado –repuso Wulfhere–. Tiene sopas en lugar de sesos. Es imbécil, pero no es un guerrero imbécil. ¿No lo viste en Cynuit?

–No –repliqué sin más.

–¿Y por qué te interesa Steapa? –preguntó Wulfhere.

–Por nada –repuse. Le había preguntado al *ealdorman* quién era el guardaespaldas de Odda, para saber el nombre del hombre que podía intentar matarme, pero aquel posible asesinato no era asunto de Wulfhere.

Wulfhere vaciló, pues quería indagar más, pero decidió que mejor se quedaba con aquella respuesta.

–Cuando vengan los daneses –dijo–, serás bienvenido entre mis hombres.

Etelwoldo, el sobrino de Alfredo, sostenía mis dos espadas, sacó a *Hálito-de-serpiente* de su vaina, y se quedó mirando los dibujos enroscados de la hoja.

–Si los daneses vienen –hablaba con Wulfhere–, tenéis que dejarme pelear.

–Tú no sabes pelear.

–Pues tenéis que enseñarme. –Volvió a meter a *Hálito-de-serpiente* en su funda–. Wessex necesita un rey que sepa pelear –prosiguió–, en lugar de rezar.

–Tendrías que vigilar esa lengua, muchacho –le contestó Wulfhere–, no te la vayan a cortar. –Le arrebató las espadas a Etelwoldo y me las tendió–. Los daneses vendrán –me dijo–, así que únete a mí cuando lo hagan.

Asentí, pero no dije nada. «Cuando los daneses vengan –pensé–, planeo estar con ellos.» Me habían criado los daneses tras ser capturado a la edad de diez años, y podían haberme matado, pero lo que hicieron fue tratarme bien. Había aprendido su idioma y adorado a sus dioses hasta no saber si era danés o inglés. Si el conde Ragnar *el Viejo* no hubiese muerto, jamás los habría abandonado, pero había muerto, asesinado en una noche de traición y fuego, y yo había huido al sur,

hacia Wessex. Ahora regresaría. En cuanto los daneses se marcharan de Exanceaster, me uniría al hijo de Ragnar, Ragnar *el Joven*, si es que seguía vivo. El barco de Ragnar *el Joven* se contaba entre los de la flota que había perecido en la gran tormenta. Veintenas de barcos se habían hundido, y los restos de la flota habían llegado hasta Exanceaster, donde los barcos eran ahora reducidos a cenizas en la orilla, junto a la ciudad. No sabía si Ragnar había sobrevivido. Confiaba en que así fuera, y recé para que pudiera escapar de Exanceaster y ofrecerle mi espada, para cargar con ella contra Alfredo de Wessex. Algún día vestiría a Alfredo con un hábito y lo haría reptar de rodillas hasta un altar dedicado a Thor. Después lo mataría.

Ésos eran mis pensamientos camino de Oxton, la hacienda que Mildrith había aportado a nuestro matrimonio; era un hermoso lugar, pero tan hasta arriba de deudas que suponía más una carga que un placer. La granja se encontraba en las laderas de las colinas que descendían hasta a la amplia desembocadura del Uisc, y tras la casa había densos bosques de robles y fresnos, de los que fluían arroyos claros que atravesaban los campos de centeno, trigo y cebada. La casa era un edificio lleno de humo construido con barro, boñigas, roble y paja de centeno, y tan largo y bajo que parecía un montículo verde cubierto de musgo, del que salía humo por el agujero central del techo. En el corral había cerdos, gallinas y montañas de estiércol tan grandes como la casa. El padre de Mildrith la había cultivado, ayudado por un administrador llamado Oswald, una verdadera comadreja, y aún me causó más problemas aquel domingo lluvioso de camino a la granja.

Me sentía furioso, resentido y con ánimo de venganza. Alfredo me había humillado, y Oswald tuvo poco acierto al elegir aquella tarde de domingo para bajar un roble de los bosques. Me regocijaba en los placeres de la venganza, dejando que mi caballo tomara el camino del bosque, cuando vi ocho bue-

yes tirando del enorme tronco hacia el río. Tres hombres guiaban a los bueyes, y un cuarto, Oswald, iba montado encima del tronco con un látigo. Me vio y bajó de un salto, y por un instante pareció como si quisiera correr hacia los árboles, pero después reparó en que no podía evitarme, así que se limitó a esperarme allí de pie, hasta que llegué junto al tronco.

–Señor –me saludó Oswald. Estaba sorprendido de verme. Probablemente creía que había muerto con los demás rehenes, y esa convicción lo volvió descuidado.

Mi caballo estaba nervioso por el hedor a sangre que despedían los costados de los bueyes, y dio unos pasitos nerviosos hacia delante y atrás, hasta que lo calmé dándole unas palmadas en el cuello. Entonces miré el tronco de roble, que debía de medir doce metros y era tan grueso como un hombre de alto.

–Buen árbol –le dije a Oswald.

Él miró hacia Mildrith, que venía a nuestro encuentro montando una yegua.

–Buen día, señora –dijo, quitándose el sombrero de lana que llevaba encima del frondoso pelo rojo.

–Un día lluvioso, Oswald –le respondió ella. Su padre había nombrado al administrador, y Mildrith tenía en él una confianza inocente.

–He dicho –hablé más alto– que es un buen árbol. ¿Dónde lo habéis talado?

Oswald se metió el sombrero en el cinto.

–Arriba del todo, señor –respondió con vaguedad.

–¿Arriba del todo... en mis tierras?

Vaciló. Sin duda se sintió tentado de afirmar que procedía de la tierra de un vecino, pero esa mentira pronto se habría descubierto, así que no dijo nada.

–¿En mis tierras? –volví a preguntar.

–Sí, señor –admitió.

–¿Y adónde va?

Volvió a vacilar, pero no tuvo más remedio que responder.

—Al molino de Wigulf.

—¿Wigulf va a comprarlo?

—Lo va a partir, señor.

—No he preguntado qué va a hacer con él —repuse—, sino si lo va a comprar.

Mildrith, al detectar la dureza en mi voz, intervino para comentar que su padre enviaba a veces madera al molino de Wigulf, pero yo le pedí que se callara.

—¿Va a comprarlo? —le pregunté de nuevo a Oswald.

—Necesitamos la madera, señor, para hacer reparaciones —repuso el administrador—, y Wigulf se cobra en tablones.

—¿Y le llevas el árbol en domingo? —Nada tenía que responder a eso—. Dime —proseguí—, si necesitamos planchas para reparaciones, ¿por qué no partimos nosotros el árbol? ¿Es que nos faltan hombres? ¿O cuñas? ¿O mazos?

—Wigulf lo ha hecho siempre —repuso Oswald en tono molesto.

—¿Siempre? —repetí, y Oswald no dijo nada—. ¿No vive Wigulf en Exanmynster? —supuse. Exanmynster quedaba a unos dos kilómetros al norte, y era la aldea más cercana a Oxton.

—Sí, señor —repuso Oswald.

—De modo que, si me acerco ahora a Exanmynster —dije—, Wigulf me dirá cuántos árboles parecidos le has llevado en el último año.

Se hizo el silencio, salvo por la lluvia que goteaba de las hojas y el intermitente canto de los pájaros. Acerqué el caballo unos pasos hacia Oswald, que se agarró al mango de su látigo, como preparándose para azotarme.

—¿Cuántos? —exigí, aún más alto.

—Esposo —me gritó Mildrith.

—¡Silencio! —le grité, y Oswald me miró a mí, después a ella y de nuevo a mí—. ¿Y cuánto te ha pagado Wigulf? —le pregun-

té-. ¿Cuánto se saca de un árbol como éste? ¿Ocho chelines? ¿Nueve?

La ira que tan impetuosamente me había hecho actuar en el servicio de la iglesia se volvió a despertar. Estaba claro que Oswald estaba robando la madera y sacando dinero de ello, y lo que tendría que haber hecho era acusarlo de robo, y hacerlo comparecer ante un tribunal donde un jurado de hombres decidiría sobre su culpabilidad o inocencia, pero no estaba de humor para tanto proceso. Desenvainé a *Hálito-de-serpiente* y espoleé a mi caballo. Mildrith gritó en protesta, pero yo la ignoré. Oswald echó a correr, y eso fue un error, porque lo atrapé con facilidad, una única estocada de *Hálito-de-serpiente* y le abrí la nuca, de modo que pude verle los sesos y la sangre al caer. Empezó a retorcerse sobre el lecho de hojas muertas y, tras obligar a mi caballo a dar la vuelta, le hincé el arma en la garganta.

—¡Eso ha sido un asesinato! —me gritó Mildrith.

—Eso ha sido justicia —le gruñí yo—, algo de lo que Wessex carece —escupí en el cuerpo de Oswald, que seguía retorciéndose—. El muy cabrón ha estado robándonos.

Mildrith espoleó a su caballo y condujo al aya que llevaba a nuestro hijo colina arriba. La dejé marchar.

—Subid el tronco a la casa —ordené a los esclavos que guiaban a los bueyes—. Si es demasiado grande para subirlo, partidlo aquí y llevad arriba los pedazos.

Esa tarde registré la casa de Oswald y encontré cincuenta y tres chelines enterrados en el suelo. Me quedé con la plata, y confiscé los utensilios de cocina, el espetón, los cuchillos, los cubos, y una capa de piel de ciervo; después expulsé a su esposa y a sus tres hijos de mis tierras. Uhtred había vuelto a casa.